

Relieves de Cuba

Eduardo Abela, padre del Bobo

Hace treinta años un Bobo salió a salvarnos la libertad de expresión. Su debut en "La Semana" de Sergio Carbó. Del género costumbrista al género político. Diciendo boberías —a veces sin palabras, a puro gesto— se hizo el líder nacional de la revolución contra Machado. El Bobo, "pan cotidiano" en caricatura. Los niños de hoy debían saber, contado por su protagonista, un capítulo de la Historia de Cuba.

por FERNANDO G. CAMPOAMOR

"Porque fuiste el pan cotidiano para nuestra hambre de justicia) y el agua fresca para la sed que nos quemaba las entrañas. Porque era en tí donde contábamos el tiempo que faltaba y cada vez que mirabas al mar nos inundábamos de brisa. Porque supiste ser el verbo de la calle en un marco de esperanza) yo te saludo, héroe pequeño, verdad y mito, Bobo".

Eugenio FLORIT (1934)

Es fácil decir que la Historia se hace sumando un día tras otro; es fácil para un tonto de capirote que no distinga entre días que pasan a ser históricos y "días sin huellas" que, malamente, traducen el título de un películón norteamericano. Y es difícil, mucho, ser un bobo con categoría para sacar de la actualidad —casi siempre babcia, papanatas, fantoche— un condimento definitivo, usándola como valor documental para el mañana.



Así es el Bobo de Abela, que nació a la publicidad hace 30 años, entre la sal y pimienta de "La semana". Es un Bobo dibujado a mano suelta, donde el trazo rápido forma un cuerpo adiposo que se arroja con un traje moteado, y una cabeza de hinchados mofletes, de carrillos blandos —Miguel de Marcos diría que "usaba una cara mollar"— cortados por un pie de patilla y donde flotaban cuatro pelos como último prestigio del pobre sistema capilar. ¡Cuánta técnica del gesto en aquel Bobo entonces silencioso que debutó por 1926 en el inolvidable semanario de Sergio Carbó, colado casi siempre como relleno en viñetas y cintas cómicas! No diríamos que era a la manera de Steinberg o de Partch, porque aun era más despreocupada la maestría del lápiz y más audaz la intención corrosiva de la línea. Sin palabras entregaba su mensaje aquel tipo tranquilo, con estampa de comecati-bia, que reía de lado y hacia el papel de espectador idiota, de mirón simplón, escondiendo el vitriolo en una mirada o en una postura. Con fiel retrato nos fija su imagen el más laborioso de sus exégetas, Enrique Gay Calbó:

"Aquel individuo gordo, que unas veces tenía las manos en los bolsillos y otras en el sombrero en posición picaresca sospechosa, llevaba adentro algo más que un propósito ornamental en la revista de costumbre".

IPD
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Era costumbrismo por el género de matiz folklórico y por la intención, que no se limita a divertir; pero era costumbrismo y algo más. El Bobo fue un protagonista de su generación, un líder nacional a la hora en que el pueblo cubano sometido a mordaza por la dictadura de Machado, necesitó de un personaje que encarnara con humor su tragedia ciudadana. Sin hablar de más —casi en gestos— dijo todo lo que teníamos entre pecho y espalda para maldecir del tirano. Aquello de los antiguos se hacía moderno: riendo castigat mores.



Cuando Abela se enrola en la página editorial del "Diario de la Marina" para publicar cada mañana una caricatura del Bobo, ya tuvimos salida humorística para herir al gobierno con punzadas de ironía. En lo adelante, no necesitamos mucho más, porque la ironía, según razonaba Miguel de Unamuno, "es la flor de la libertad de espíritu, es el arma más útil y más eficaz contra el prestigio —prestigio quiere decir engaño— del principio de autoridad y contra la disciplina sin magisterio".

En un país donde la censura de palabra era decreto, el Bobo rompía el silencio con su sátira costumbrista, derivándola a niple cargado de pólvora política. El Bobo opinaba sin permiso, parsimonioso, casi siempre con el cuello envuelto en una bufanda de alivio al mal de sus anginas que no le permitían tragar la realidad machadista; el Bobo era el único torero que nos quedó en la plaza con las banderillas de fuego en manos seguras; el único tribuno revolucionario que tenía derecho de prensa diaria; el único traductor de la palabra contenida. Fue un apóstol hecho ca-

ricatura para que Cuba, más que chiste fugaz, manifestara su grito con valores sutiles de arte, y fue profesor de cívica, conspirador de alma blanca, criterio de mayorías que se hacía mensaje en la síntesis de un dibujo.



Apretó tanto Machado, que el Bobo de corcho emergió de la sangre fratricida como el superviviente cubano en activa clandestinidad que se permitía voz y voto en aquella hora heroica. Diciendo boberías cumplió la misión que Champfleury asignaba a la caricatura como epigrama cáustico; es decir, preparó la revolución con cautela, cruzando una pierna sobre la otra con porte de badulaque, mirando con ojos de malicia eficaz, a sabiendas de que el pueblo entendía su puro fondo de patriotismo, su generosa consigna.

7

3

0000014

Luego fue el Bobo quien apretó a Machado, apenas le bastó la línea de su caricatura para que el público colaborara a su antojo traduciendo la sátira. Para entonces ya le acompañaban el Maestro y el Bobito, aquel ahijado del Bobo que era una copia de su figura y puso una pinta de adulterio en el árbol de la familia. El Bobito, preguntón como todos los simplicios, era una interrogación peligrosa. Una veces se le contestaba con bobadas, otras con evasivas simbólicas y muchas con un perspicaz encogimiento de hombros. En oportunidades, para que el pueblo entendiera su gracejo socarrón, le sobraba con enseñar aquella vela candorosa que fue creciendo como la protesta cubana, hasta que la noche de la dictadura se hizo llama en su pabilló y esperanza en el destino de la patria del Bobo. Con mucha agudeza Rafael Suárez Solís escribió: "Yo presentí la caída estrepitosa de Machado el día que me enteré de su indecisión para meter al Bobo en la cárcel".



La bandera desplegada que usó a menudo en la mano dió a entender que su matiz no era mentecato de oficio. El imbécil, los imbéciles, fueron los sórdidos bajo el poder que no pusieron vista y oído a la figura y al dicho de quien personalizaba nuestro escape de dignidad. La yerba que crecía silvestre acabó por rodearles y les cegó el panorama. Con la yerba creció el prestigio de aquel personaje en caricatura que heredaba la tradición mambisa y también anunciaba un hijo nuevo de la República.

Machado huyó y el Bobo preparó sus vacaciones bien ganadas. Nos había redimido y volviamos a ejercitar la libertad, esa novia del decoro que los sables asaltan una y cien veces sin suficiente filo para matarla. Además, el Bobo era nuestro pueblo, y el pueblo es bondad profunda y noble raíz. Por su naturaleza de bueno radical entiende el arte de la caricatura cuando la línea cobra en moneda de sarcasmo y ridículo a los que traicionan sombríamente la ley popular. Le llamaremos choteo —al modo indagador de Jorge Mañach— a esa fuga mediante el humorismo: el choteo es palabra y manera muy vernáculas. Y mientras más nos cierran la garganta con el nudo político, más reducimos el drama a episodio superable, aplicándole el cauterio del choteo.



En "Estampa", revista de la capital de México, Eduardo Abela, padre de la caricatura, contó a Leandro García: "El Bobo, para demostrar que no lo era, hizo como esas bailarinas del género picaresco que, para dejar un mejor recuerdo, se retiran de la escena antes de que el reuma y los años entorpezcan la gracia de sus movimientos". Es una razón de autor y una razón cronológica, porque el Bobo es ahora un capítulo de Historia de Cuba. A los textos de las escuelas —tan secos y tan falsos en buena parte— debían añadir los pedagogos que merezcan su título, una colección de caricaturas donde el Bobo cuente la época negra de Machado. Ningún otro libro dará resumen de más grafismo con menos palabrería, y hasta los niños aprenderán a oír la clara voz del silencio, el aire sonoro que los pueblos usan para venganza con los opresores.

7

4

0000015

Eduardo Abela tiene ya la edad del regreso. De niño manejó la chaveta del tabaquero en los talleres de su poblado, porque la vida le fue dura y pobre en la arrancada, y los sueños no pasaban de hacerse colores en los papalotes que izaba junto a las márgenes del Ariguanabo. Después siguió siendo artista y marchó a Europa con devoción de estudiante sensible y allá colgó bodegones, paisajes y retratos en las galerías, hasta que La Habana volvió a imantarlo y el humorista se impuso al pintor, sin poderlo olvidar. Ramón Vasconcelos se lo echaba en cara: "Siendo un formidable humorista, siempre se ha empeñado en ser pintor". Pues la pugna sigue, y en el descanso del Bobo, otra vez los pinceles ganaron la iniciativa. Acaso no haya contradicción, sino ensamblaje, porque toda su plástica es muy suya. Quien vea sus últimos óleos, puramente oníricos, soñados, volverá a ver los primeros colores que combinó en la vida, cuando empezó a levantar frente al viento la voluntad de su papalote.



Ahora y antes, es un cubano de epopeya que nos sostuvo la palabra y el gesto en un tiempo donde casi nos ahoga el silencio. Siempre ha descifrado el secreto, porque al artista no le ciega luz alguna, a fuerza de enfrentarse su luz interior. Una vez usa el humorismo para alivio del dolor de su pueblo y otra el mundo de los colores que alivian su propia quemazón. Son dos vías legítimas de Eduardo Abela que hacen vértice en su gloria que es nuestra.

M, ab 24/56

0098016



—¿Tú crees, padrino, que haya algo mejor que el sueño?
—Sí, hijito; el despertar.



—Es que el maestro me preguntó ayer qué es lo que hay en la atmósfera y tengo hoy que contestarle.
—Mi hijito, lo mejor es que no vayas al colegio hasta mañana.



IPD
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

7

0050017



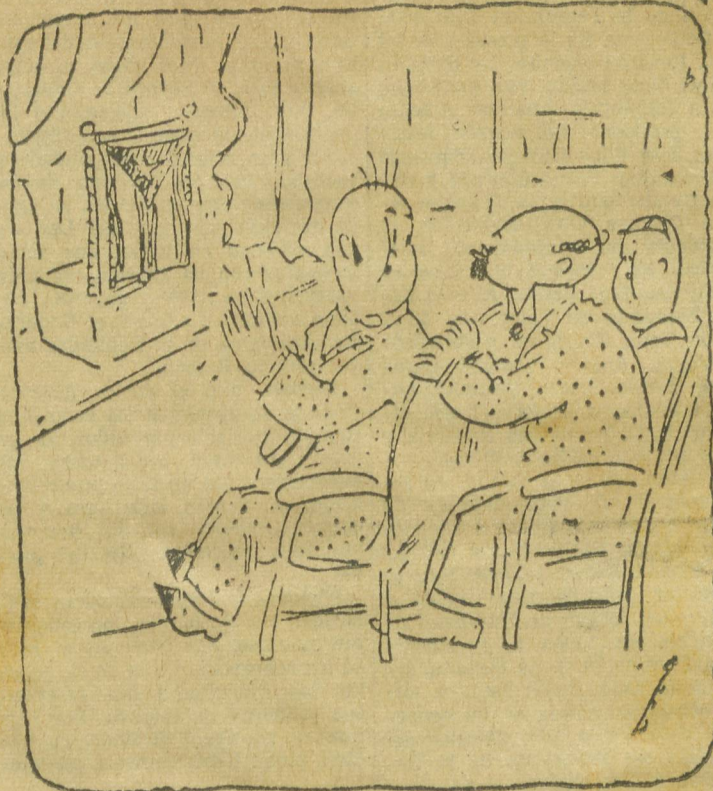
—Vámonos, padrino. Fíjate como ya la gente se está cansando de esperar...
—Pues no hay más remedio, hijo mío. Esto es cuestión de tiempo.



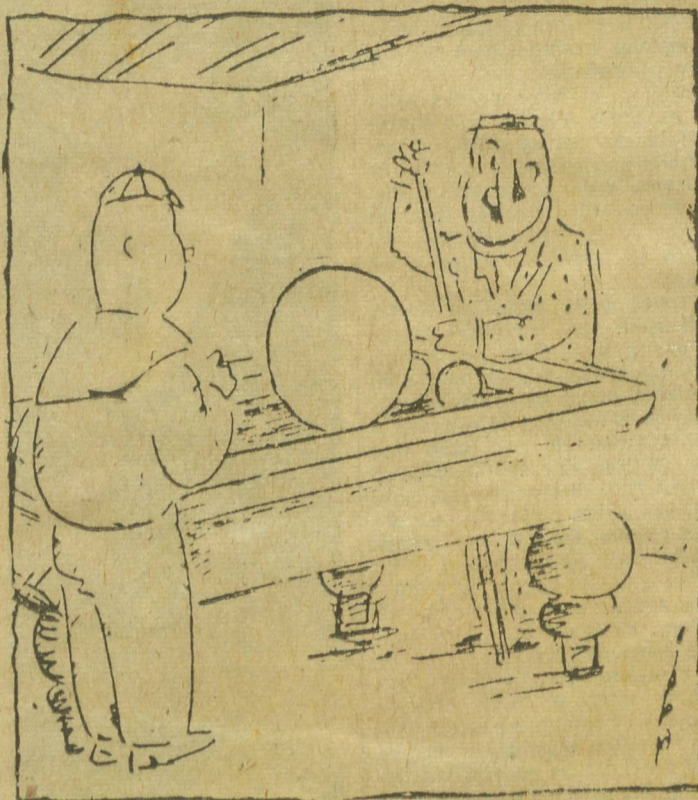
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

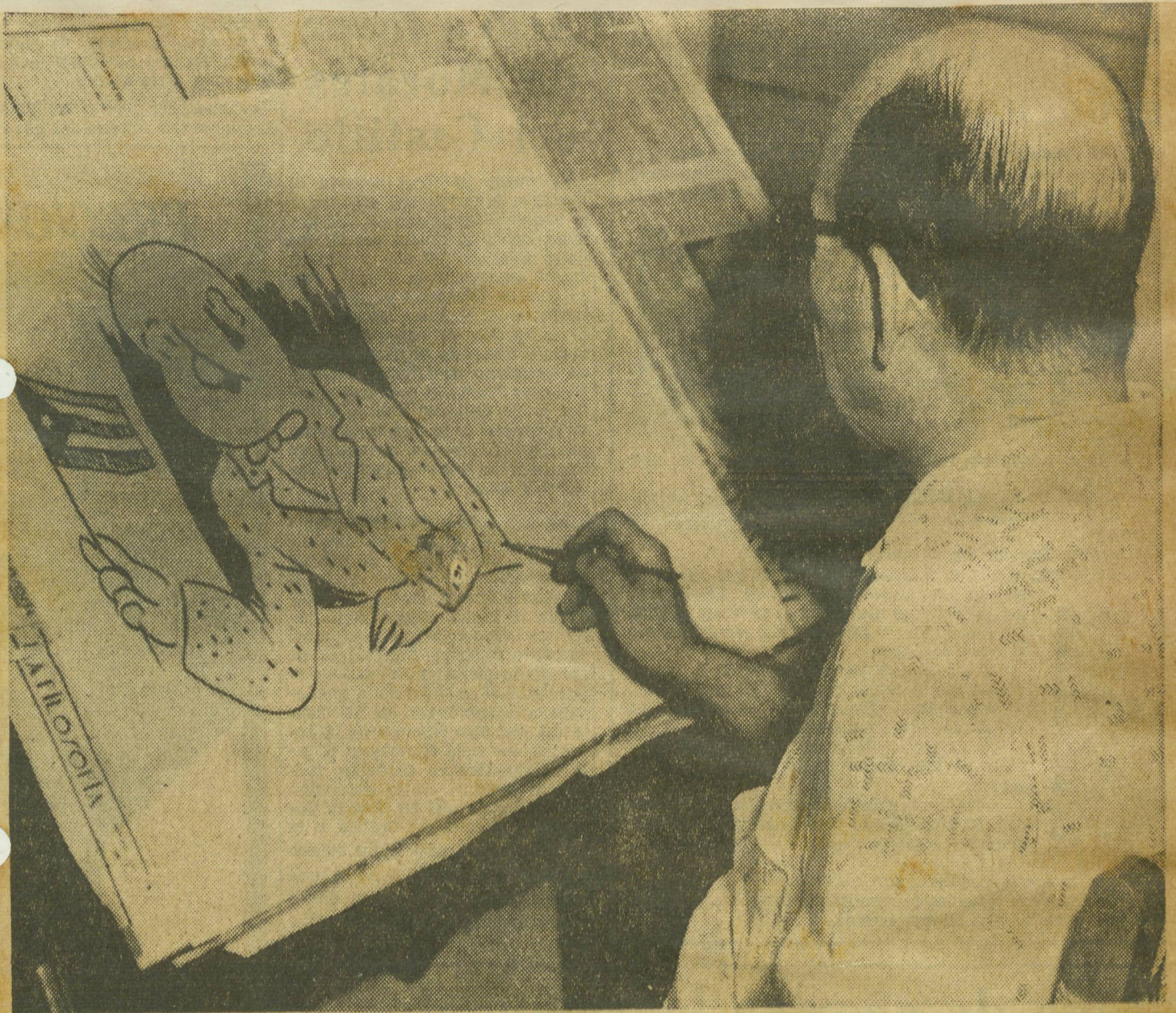
3000013



—Pero, ¿a quién aplaudes?
—Pues al silencio, que es el único que habla...!



—Padrino, ¡qué bola más grande!
—Pero con ésta no se puede jugar...



Hace más que meses, en una exposición del "Lyceum", el profesor Mañach interpretaba: "Es sabido que en Abela pugna el pintor serio, dramático de puro serio, con el humorista sagaz, dramático de puro humorismo". Antes, Pepin Rivero había llamado a La Habana, "cuna gloriosa del Bobo de Abela", y el personaje en caricatura tuvo resonancia dentro y fuera de Cuba, calificado por Rafael Heliodoro Valle como "un terrible documento del periodismo político en la historia de América". Cuando nadie

hablaba, el Bobo lo hacía; cuando se pudo hablar sin ser el Bobo, en letra de molde quedaron los testimonios de Ramón Gómez de la Serna, Eduardo Avilés Ramírez, Alejo Carpentier, Alfonso Hernández-Catá, Rafael Marquina, Francisco Ichaso, Ramón Guirao, Armando Leyva, José Antonio Portuondo... "La pupila sonriente y socarrona de Abela", que dice Enrique Gay-Calbó, mira al fotógrafo Argiuelles seguro de que su obra plástica es el más sólido fondo de su gloria. Para Abela, el humorismo y la pintura son dos modos de un mismo caso artístico que se llama Abela.

6
JUNIO 20



Hace muchos años Conrado W. Massaguer publicaba la revista "Social" y, entre notas frívolas de la vida cortesana, turnaba las más calificadas firmas cubanas. En una sección fija intitulada "positivos", cada mes el talentoso José Antonio Fernández de Castro resumía en media página la ficha de un valor, y en la otra mitad imprimía la foto del fichado, obra del sensible Paul Warner. De Eduardo Abela dijo en su síntesis: "Profesor; pintor cubain (sic) creador de "El Bobo"... Tabaquero de los 11 a los 25 años... 10, numero 562, bajos,

Una identificación absoluta con el medio opinante criollo, de tal modo que al público le basta con ver el gesto del Bobo y el de su amigo, para saber "ya" lo que van a decir... (Aún no vivía el Bobito: 1931). Y termina interpretando "lo que ha visto la lente de Paul Warner: una frente ancha, cada vez más ancha, hasta que toda la cabeza sea en un futuro muy cercano todo esto: frente". El pronóstico va en vía de cumplimiento, como da fe esta fotografía actual, tomada en un ángulo de su sala-attelier (Calle en el Vedado).

IPD

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA